

EL MERIDIANO

Daniel Pérez Calvo

Ciudadanos en concierto

ALBERT Rivera lleva fama de ser persona sensata. De ahí el auge de quienes ven motivo en él para renovar su confianza en un sistema político, que si da muestras de desgaste no es tanto por razones de uso como de abuso. Son muchos los que creen ciegamente en Rivera, lo cual no significa que asuman como dogma de fe todo aquello que Rivera dice o piensa; y menos aún en cuestiones que, por entrar de lleno en el terreno de la moral, la ética o las creencias de cada cual, trascienden a lo que es pura doctrina de partido. El caso es que Ciudadanos ha logrado hacer creíble un proyecto de regeneración democrática, que propone cambios valientes y de hondo calado, sin perder de vista la Constitución del 78 como faro que nos guía y reconociendo de antemano que no son pocas las cosas que en España se han hecho bien durante los últimos 40 años. Por eso su líder sortea prejuicios y perfuma de incienso con igual devoción la heroica labor reformista de Suárez, la revolución económica de González o el aperturismo europeo de Aznar. El partido anaranjado es brisa fresca al amanecer y como tal se presenta para pasar revista a la sala de máquinas del Estado y renovar esas piezas obsoletas que la propia estructura esclerotizada, oxidada y mastodóntica de los grandes partidos se resiste a amortizar, a no ser que, por mor de la aritmética electoral, a la fuerza ahorquen, lo cual todavía está por ver. Lo que funciona se queda como está y lo que no, se cambia; así de simple. Hasta hace poco a Albert Rivera no se le pedía mucho más, pero resulta que cuanto mayor es la expectativa, mayor es la exigencia. Y si no, que se lo pregunten a Pablo Iglesias. Cuestionar ahora infraestructuras como el AVE, anunciar una amplia reforma del IVA, apostar por convertir en autónomas o asalariadas a las prostitutas, o sugerir que los porros se vendan en el estanco no dejan de ser iniciativas arriesgadas para dar empaque y tronío a un proyecto político que nació para ser un medio y que de repente aspira a ser un fin. Todo sea que a la hora de la verdad, cuando las urnas manden firmes, haya riveristas –incluso entre los más recalcitrantes– que descubran de golpe que lo que en realidad les pone de Ciudadanos es la música y no tanto la letra; salvo el estribillo, que por algo es siempre la parte de la canción más pegadiza y fácil de tararear.

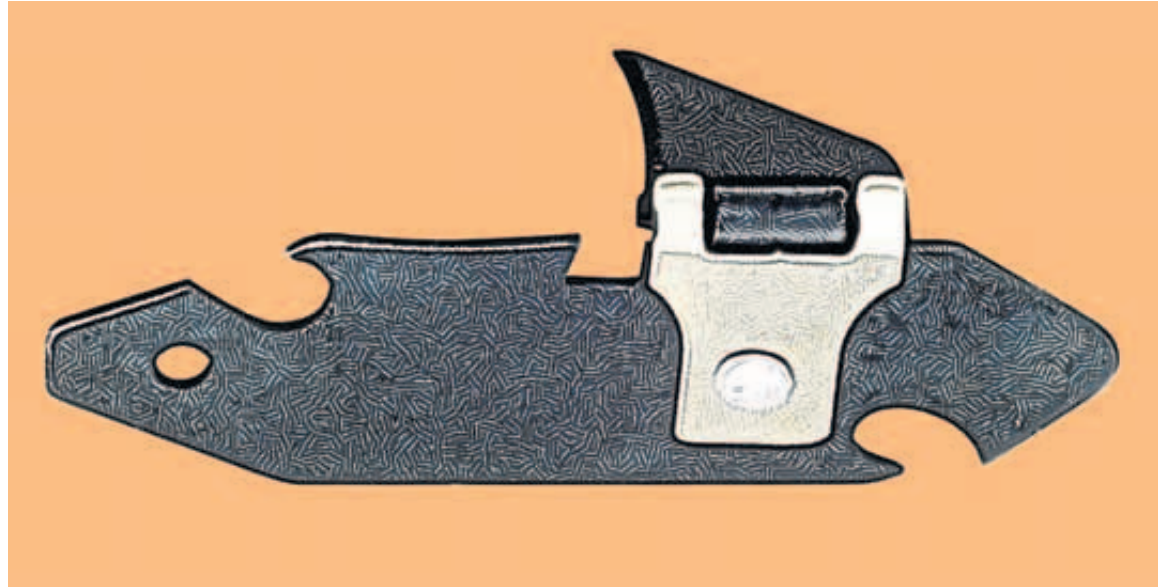
EL MIRADOR | Las adquisiciones de pinturas de Goya que en Aragón se vienen haciendo por entidades públicas y privadas tienen mucho más sentido que otras actuaciones en el mercado del arte
Por Guillermo Fatás

Genuina 'Merda d'artista'

EN 1961, salió al mercado del arte un extraño producto, que costaba exactamente su peso en oro: había que pagar treinta gramos del valioso metal a cambio de una lata que contenía otros tantos de una sustancia que se anunciaba, con una etiqueta en cuatro lenguas, como 'Merda d'artista', 'Künstlerscheiße', 'Artist's Shit' y 'Merde d'artiste'. Descripción que no aludía al autor, Piero Manzoni, sino al contenido del envase.

Una lata, 124.000 euros

Las latas, de acero y circulares, medían 4,8 x 6,5 cm y garantizaban en su etiqueta treinta gramos netos de sustancia, enlatada fresca y producida en el mes de mayo. En la actualidad, se pagan decenas de miles de euros por una y algunos se devanan los sesos preguntándose si será genuino lo de dentro. Pero abrir el envase desnaturaliza la obra, que pierde así su valor de mercado. Los rayos X no han dado resultados concluyentes. Más, aún: un amigo de Manzoni esperó a que este muriera para declarar que dentro de las latas solo había yeso. Sin más prueba que su palabra, la duda está en pie y alimenta el valor de mercado de la inspirada porquería. En 2007, en la afamada sala de subastas Sotheby's, la lata de presunta caca de artista costaba ya 124.000 euros. Acaso porque la pareja de Manzoni, Nanda Vigo, aseguró que le había ayudado en su proceso artístico y que el contenido era genuinamente fecal. Hubo, incluso, una demanda judicial de un propietario de lata excrementicia contra un museo por exhibir la pieza (prestada) de forma que se habían producido pérdidas, por su exposición a temperatura demasiado elevada. (El tipo era un coleccionista llamado John Hunov; además, banquero: logró del museo una indemnización de 250.000 coronas, esto es, de unos 33.000 euros). Toda esta historia de la caca de Manzoni se entiende mejor si se conocen las andanzas de Yves Klein, que provocaban al artista lombardo.



ISIDRO GIL

«En 2007, en la afamada sala de subastas Sotheby's, la lata de presunta caca del artista Piero Manzoni costaba ya 124.000 euros»

Manzoni replica a Klein

El francés Yves Klein fue un artista (aproximadamente), nacido en Niza, que empezó a hacerse famoso por obras como cuadros que consistían en una superficie monocroma (inventó un penetrante 'azul Klein' por el que algunos se pirraban); sinfonías de una sola nota mantenida durante veinte minutos, seguida de un silencio de otro tanto; sueltas de globos (azules, claro está) en ciertas cantidades con algún atractivo simbólico (por ejemplo, 1.001); plasmación en sus cuadros, y en público, de improntas corporales de mujeres que se prestaban a ello; o actuaciones estrafalarias, como comprar 'conceptualmente' un espacio vacío de París con oro o tirar este metal al Sena. Podemos ahorrarnos aquí el nada parco discurso teórico sobre estas creaciones que le dieron fama mundial, y no se di-

ga en su Francia natal, porque el sujeto interesa en cuanto que, en 1961, causó la mencionada reacción de Manzoni en forma de artísticas coprolatas. Esto es, que la costosa caca del italiano no se comprende separadamente de las apreciadas extravagancias del francés, frente a las que aquel lanzó su desafío defecatorio.

Una pelota de tres millones

Otras cosas subastadas de interés (de interés para quien las adquiere, obviamente), son un vestido de Marilyn Monroe, que se vendió por más de millón y cuarto de dólares en 1999, un mechón de pelo de Elvis Presley, que llegó a 115.000 ya en el siglo XXI o la incomparable, indescriptible e inigualable pelota de béisbol con la que el insuperable e inmejorable Mark McGwire logró en 1998 la inolvidable e inmarcesible hazaña de coronar setenta carreras completas ('home runs') en la temporada de las Grandes Ligas norteamericanas. ¿Quién no pagaría los tres millones de dólares que abonó el comprador de tan inefable reliquia al año siguiente de la prodigiosa epopeya?

Más cerca de aquí y de ahora, en febrero de 2011, la obra 'Tres equis' del mallorquín Miquel Bar-

celó se vendió en Londres (por Christie's) a un adquirente que pagó por ella 1,2 millones de libras (más o menos, millón y medio de euros). Cantidad que se quedó ridículamente enana cuando, solo cuatro meses después, otro cuadro del artista, titulado 'Faena de muleta', llegó a los 4,4 millones de euros en la misma sala de ventas. Como dijo una de sus responsables, el cuadro, pintado en 1990, posee «toda la intensidad y la potencia plástica de Barceló» e incluye «un remolino con una textura riquísima», a modo de «eco de lo que pasa en las corridas de toros». Vaya.

Y Goya nos parece caro

En Aragón se pagaron 2,5 por un raro y singular cuadro de Goya sobre el maltrato infantil en la escuela, para que pudiese exponerse en el Museo de Zaragoza, y aún andamos en discusiones inconcebibles y en sorprendentes pleitos sobre esta y otras compras parecidas –de las que habrá que volver a hablar con más detalle–, a tenor de lo que contaba HERALDO el domingo pasado.

Quizá merezcamos una buena y genuina 'merda d'artista', con la que se hubiera podido organizar el revuelo más justificadamente.

CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

Todo fluye con el azar

FUE cayendo la noche y los participantes del I Congreso de Periodismo Cultural de Santander, tras la clausura, se reunieron en un restaurante con vistas hacia el paseo marítimo y el faro. Había varios aragoneses: Toni Iturbe, narrador y fundador de 'Li-

brújula'; Daniel Gascón, escritor y director de 'Letras Libres', Alicia Almarcegui, historiadora en Sevilla, y Nuria Claver, poeta y coordinadora de 'Claves de razón práctica', que cumple un cuarto de siglo. La penúltima tertulia se celebraba en un comedor-gruta, donde iba a tocar un grupo de música que se atrevería, por igual, con José Alfredo Jiménez, Juan Carlos Calderón o Jorge Sepúlveda, aquel que miraba al mar para soñar con su amor. Alguien le atribuyó orígenes cántabros a Sepúlveda y Basilio Baltasar, director de la cita, miró su móvil y halló la necrológica que él mismo había publicado sobre él en 1983;

ya de paso, contó que de niño lo oía en la radio a la sombra angelical de su madre. El último concierto de Sepúlveda iba a ser en Zaragoza quince días antes de su óbito; tuvo que ser suspendido. Ya en la cena, Basilio salió al baño y en la barra del bar se topó con José Ignacio Wert; los invitó a él y a su compañera a que presidiesen las mesas, tal como estaba previsto. Esa era la sorpresa que solo el director y el alcalde Íñigo de la Serna conocían. Wert dijo que no quería causar mucho revuelo y que no le parecía pertinente interrumpir el menú: habría sido un nuevo golpe de efecto de Baltasar, maestro del aforismo en carre-

tera, que ya había verificado que el ministro siempre había estado ahí, en una fila del teclado: WERT. La locutora Ana Borderras, que hizo catarsis con su despedido de la SER, salió a fumar y se topó con los músicos que hacían lo mismo en el jardín. Uno de ellos contó que había sido policía en Vitoria y ella, nerviosa, dedujo que bien podría haber sido uno de los torturadores de un novio de juventud. Sufríó un ataque de pánico retrospectivo que Pepe Ribas amplificó en un cuento oral. La madrugada se convirtió en una pesadilla y pocos sabían entonces que Wert cenaba allí, en la intimidad. Fue el perfecto fantasma.